

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXVI

Marzo de 1949

Núm. 285

## Puntos de vista

Sobre el escritor chileno

**D**ESDE que se produce el movimiento intelectual de 1842 hasta el presente, a lo largo de un siglo, el desarrollo experimentado por la literatura nacional es de extraordinarias proporciones, a pesar de las duras realidades en las que ha debido desenvolverse. La indiferencia de muchos sectores sociales, la ignorancia de grandes masas de población y el atraso del país en varios aspectos, han constituido factores que han obstaculizado nuestro proceso literario. No obstante, a pesar de tales factores negativos, el avance experimentado es enorme y la influencia que derrama es de singular trascendencia.

José Victorino Lastarria en su discurso inaugural de la Sociedad Literaria, en 1842, trazó un programa fecundo para el movimiento literario nacional a la vez que señaló algunas orientaciones de gran interés y exactitud, que son como un código fecundo y aleccionador para los escritores chilenos.

Lastarria, con amplia visión, comprendió que la literatura, para que sea rica, fecunda y universal, debe conseguir la expresión de la realidad social a través de una espiritualidad superior. Es por eso que él pide que haya un pueblo sano, culto y que goce de bienestar, y que tales dones sean asegurados por un régimen democrático firme, otorgador de más profunda justicia social y realizador de la libertad. Sobre esta realidad social debe afirmarse una literatura genuinamente nacional y en ella debe moverse el escritor, compenetrado de su honda responsabilidad estética y ciudadana.

Lastarria exclamaba con razón: «Vosotros que, me parece, habéis dicho en Chile a los hombres de luces que eso debían haber practicado tiempo ha; reunirse para comunicarse y ordenar un plan de ataque contra los vicios sociales, a fin de hacerse dignos de la independencia que a costa de su sangre nos legaron los héroes de 1810; reunirse en torno de esa democracia que milagrosamente vemos entronizada entre nosotros, pero en un trono cuya base carcomida por la ignorancia se cimbra al más ligero soplo de las pasiones, y casi se desploma, llevando en sus ruinas nuestras más caras esperanzas... Hemos tenido la fortuna de recibir una mediana ilustración, pues bien, sirvamos al pueblo, alumbrémosle en su marcha social para que nuestros hijos le vean un día feliz, libre y poderoso».

Lastarria proclama la necesidad de una democracia firme en la que se realice íntegramente el pueblo en todas sus variadas manifestaciones típicas. Y la literatura debe ser la expresión de esa sociedad democrática chilena y no creación abstracta divorciada de la vida nacional o copiada burdamente de modelos extranjeros distantes y distintos de nuestra raza, idiosincracia, paisaie, alma y espiritualidad propias.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX la lucha fué difícil y de escasas resonancias en la que lentamente se abrió cauce la fórmula de Lastarria; pero ya, en el presente siglo, se ha obtenido un progreso inmenso en tal sentido y por ello las letras han logrado una gravitación y una densidad que nos permiten afirmar que la literatura chilena es una poderosa realidad, con obras y representantes de influencia en el país y en el exterior.

Los escritores y la literatura nacionales han tenido que luchar con un medio si no hostil por lo menos incomprensivo; sin embargo, no han vacilado en su contienda y en el cumplimiento de su obra. Los grandes escritores chilenos han sabido comprender que su misión es crear belleza y, también, actuar al servicio de un porvenir mejor, suscitando el espíritu de una nueva vida y forjando nuevos valores. Esta misión del escritor es la que tiene que produ-

*cir un ennoblecimiento espiritual de la sociedad junto a su democratización social. Los escritores nacionales, en su mayor parte, han estimado que están en la obligación de interpretar la realidad vernácula y de atacar el medio ambiente mediocre o decadente, para mostrar una nueva moral y presentar una nueva realidad. Conociendo su responsabilidad ante sí mismos y ante la sociedad no han titubeado en librar esta contienda de un siglo y en el presente podemos comprobar la existencia de frutos valiosos.*

*Si en verdad, en los tiempos actuales, el escritor ha sido atacado, a menudo, desde los diversos ángulos, no es menos cierto que ellos han sabido mantenerse firmes y no abdicar de su elevada tarea. Baroja ha expresado algo que se ajusta a nuestro medio: «En este carácter de hostilidad por la literatura se encuentran de acuerdo reaccionarios y revolucionarios; los unos y los otros quieren acabar con el pájaro de colores que vuela libremente y que a veces sabe cantar y sorprender en medio de los discursos farragosos y las vulgaridades políticas».*

*El reaccionario teme al escritor por su acción a la cabeza del pensamiento y de la transformación social y espiritual; el revolucionario extremista desea encasillarlo en una determinada posición, limitar su libre inspiración y desarrollo para hacer de él un partidario, cegando la fuente de su creación espontánea. El escritor chileno ha mantenido su posición libre en la mayor parte de los casos. Es que, después de largos años de aprendizaje y de sufrimientos, expresa su voz sincera y afirma su parte de verdad obtenida en la vida y en la meditación. A través de la creación y la expresión literarias ha podido levantar su modesta lámpara y reunir a su alrededor a otros hombres impulsados por los mismos anhelos e idénticas inquietudes, teniendo como meta la belleza, el bien, la grandeza moral de la sociedad y la liberación económica y social del pueblo. De ahí su gravitación y su influencia en la marcha de la sociedad.*

*Precisamente, el intelectual, el escritor, el artista, pueden crear por medio de una obra serena y limpia, de una labor modesta que*



lleve dentro de sí la huella de un pensamiento definido, al margen de los prejuicios, de los estagnamientos y de las banderías, un ambiente de dignificación y de ennoblecimiento de la sociedad patria.

El mundo se mueve por la esperanza y mientras ésta no se pierda nada podemos temer. Los escritores poseen, esta esperanza en el hombre y en la sociedad y deben fortalecerla a través de una obra realista, limpia, hermosa. El escritor chileno ha logrado conquistar el respeto de la colectividad patria, porque ha sabido hacer de su tierra, de su pueblo, de sus costumbres, de sus anhelos y sentimientos, la materia fundamental de su creación literaria. Y con ello ha triunfado en el seno de su país y ya se impone en el exterior. El éxito internacional de Vicente Huidobro, Pablo Neruda y Gabriela Mistral; la edición de sus obras en diversos países y el comentario pleno de interés de sus producciones; la impresión constante en el extranjero de los libros de Augusto D'Halmar, Jenaro Prieto, Mariano Latorre, Salvador Reyes, Angel Cruchaga, Eduardo Barrios y tantos otros, indica el valor universal que ya alcanza esta literatura chilena.

Y nuestro público comprende también el valor de sus escritores y aprecia su esfuerzo creador, expresando concretamente su adhesión en hechos tan demostrativos como la necesidad de nuevas ediciones de las obras de Baldomero Lillo, Mariano Latorre, Fernando Santiván; el éxito incuestionable de las novelas «Gran señor y rajadiablos» de E. Barrios, «Los árboles no dejan ver el bosque», de V. D. Silva; «Roble Huacho» de Daniel Belmar; y de la colosal «Historia de Chile» de F. A. Encina.

Deseamos que el público apoye cada día con más amplitud la obra de nuestros escritores y que este nuevo año literario de 1949 al aparecer numerosas producciones que ya se han anunciado, de varios escritores jóvenes y viejos: tengan el éxito que se merecen. Y de tal manera sigan afirmando el desenvolvimiento de la literatura nacional, cuya realidad presente es brillante y su porvenir, auspicioso.